

# L A B O R A T O R I O

## SEMANARIO

### DE LAS FAMILIAS



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima Sábado 21 de Noviembre de 1874.

Núm. 6.

#### SUMARIO.

LA DIRECCION.—UNA FLOR DEL EDEN, por la señorita Adriana Buendia.—ADRIANA BUENDIA, poesía, por M. A. García.—JOSEFA PAZ SOLDAN, por la señora Juana Lazo de Eléspuru.—EL PICAFLOR, poesía, por la señora Manuela V. de Plasencia.—CAPRICHOS DE LIMEÑA, tradicion, por Ricardo Palma.—DESCANSA GUERRERO! poesía, por Jorge Isaacs.—TRINIDAD FERNANDEZ, por J. F. de Larriva.—HISTORIA DE UN BESO, poesía, por Juan do Apona.—UNA QUERRELLA, por la señora Juana Manuela Gorriti.—DELIRIO, poesía, por A. de la E. Delgado.—EL GAUCHO, por B. Demaria.—IMPROVISACIONES, poesías, por Numa P. Llona.—EL AGUA MANSADA, traduccion, por Felipe G. Cazeneuve.—MOSAICO, por la señora Juana M. Gorriti.—SUPLEMENTO.

#### LA DIRECCION.

Gratos á la multitud de preciosas soluciones con que ha sido favorecida la charada de nuestro último número, publicamos en un suplemento aquellas que han venido firmadas, en el orden que las hemos recibido.

La señorita Eléspuru obtuvo los rociadores ofrecidos por el autor. Nosotros que creemos á todas con igual derecho, las obsequiamos otro por medio de la suerte; y ésta ha favorecido á la señorita Julia O. de Urrea.

#### UNA FLOR DEL EDEN.

AL SEÑOR RICARDO PALMA.

LA venida de Jesucristo debia obrar un prodigio singular en el mundo, destruyendo por medio del cristianismo la tirania

de los emperadores romanos. Fecundado el árbol de la cruz por la sangre de la redencion, sus frutos fueron preciosos y saludables, y abriéronse para el hombre las puertas de la libertad y del eterno paraíso.

Nació el hombre Dios, en un establo de la ciudad de Belen, léjos del rico dosel de los monarcas; y junto á la cuna que alumbró la estrella de Nazaret, nació una tierna violeta, que perfumada y hermosa embellece, desde entónces, la vida con sus encantos, y presta paz y alegría al corazon que se nutre con su aroma delicado. Allí creció deliciosa aquella flor del Eden, mostró al mundo envilecido sus excelentes virtudes y cuando la maldad de los hombres pretendió marchitarla con el veneno del orgullo y del fiero despotismo, apareció de nuevo esplendorosa y fecunda en la cima del Calvario.

Desde aquel tiempo la flor nacida en un pesebre ha dominado al mundo con un poder irresistible, por medio de una virtud secreta que el entendimiento humano no alcanzará á concebir. El encanto de la verdad, la dulzura del amor, las lágrimas del corazon y el poder de una voz que suplica con resignacion y no manda, son las armas que esgrime siempre para salir victoriosa en las luchas sangrientas de la vida.

Esa violeta, es la humildad.

Un dia, un pequeño número de hombres sin prestigio alguno en su pueblo, sin recursos, sin palabra y desprovistos de todo humano conocimiento, guiados solo por su maestro, se propusieron cambiar la faz del mundo, derribar los templos de la soberbia y construir altares á la humildad, en todas

partes. Sus armas eran la gloria del martirio, en aras de la libertad y la justicia, y la oracion fervorosa para alcanzar de Dios el socorro. Con ellas debian vencer al mundo, y hacerle aceptar la doctrina de Jesucristo, desafiando las iras del cesarismo romano.

La hora de la regeneracion habia sonado para todos los pueblos de la tierra. La idea cristiana debia iluminar el mundo, abrasar la tierra con el calor de su doctrina, devolver al hombre envilecido su majestad ultrajada por el despotismo, y establecer la igualdad, nivelando las razas por la fuerza irresistible de la unidad, que no es mas que una preciosa forma del mas noble sentimiento de amor y de caridad.

Sí, era una verdadera regeneracion. Dios mismo la habia anunciado, cuando en el Paraíso cayeron nuestros primeros padres, y dijo: "De tu linaje, oh Adan! se levantará el Regenerador de las naciones." Tracemos un paréntesis que abarque los acontecimientos que se han verificado desde la caida del primer hombre hasta la aparicion de Jesucristo. Salvemos esa noche de cuarenta siglos y registremos la conciencia de las naciones.

Roma, la ciudad de los siete collados, la señora de las naciones, estaba ya envejecida, tenia el corazon corrompido y la degradacion se leia en su semblante. La Roma de Marco Tulio y de Caton habia pasado con todos sus honores y sus virtudes, y no era ya mas que un inundo lodazal, donde el ruido de las cadenas del esclavo se dejaba oír por todas partes, en medio del laberinto de las orgías del poderoso, y la mano dura

y despótica del cesarismo caía sobre los hombres, como un martillo de bronce.

Pero la humildad que nació con Jesucristo debía consumir la obra de la libertad y de la regeneración. El libro de las santas profecías se abre, y un hombre anuncia que ha venido en nombre de su padre á romper las cadenas del cautivo, á combatir la tiranía y á ensalzar á los humildes, á medicinar á los enfermos, á dar la vista á los ciegos y á publicar por doquiera la nueva ley, la ley de amor que debía regir al mundo. El programa de aquella revolución era inmenso, y el cumplimiento de esa profecía sagrada debía dar nueva faz al universo.

La traición y la perfidia denuncian á los tiranos la santa revolución, y ellos tratan de matarla en la persona del caudillo, que, al fin, ha caído en sus manos, después de tantas persecuciones. Se le somete á un gran juicio; sus palabras comueven á todo el mundo, porque están llenas del espíritu divino; su humildad, resignación y constancia hacen vacilar á sus mismos enemigos, pero la perfidia que le ha llamado embustero le rodea de martirios, le ultraja, le escarnece y le dá muerte con el suplicio ignominioso de la cruz.

Mas antes que la luz de sus ojos se apagára, antes que el hielo de la muerte marchitara su frente y sus labios se cerraran, entre el dolor y la agonía, dejó escapar una palabra misteriosa que los tiranos no pudieron comprender. Merced á ella, el mundo obtuvo su redención y se estableció sobre bases inamovibles y eternas: el reinado de la augusta democracia y el principio de la libertad del género humano.

La humildad debía, pues, sacudir el yugo que le habia impuesto la tiranía, pero era sometiendo á las leyes de la fraternidad y reconociéndose pobre, débil y humilde verdaderamente, ante el divino acatamiento.

Mostrando su misteriosa omnipotencia ha obrado ese inmenso prodigio, que no tiene semejante en el rol de los sucesos. Ella es el signo capital del cristianismo y el fundamento de todas las virtudes; y solo ella ha podido llevar con resignación y valor por todas partes la Cruz de Jesucristo, que es signo de salud, de fuerza y libertad, y símbolo á la vez de luz y redención.

La humildad, es luz y progreso, que nos lleva á un mundo desconocido de felicidad y de gloria; es el tesoro inagotable de las riquezas del alma y el bálsamo que cicatriza las heridas del corazón; es modesta y silenciosa y por eso habla poco, aunque sus obras son grandes.

La humildad, es una violeta perfumada, cuyo cáliz respira la salud y la vida.

Es la flor del Eden.

ADRIANA BUENDIA.

*Chorrillos, Noviembre de 1874.*

### ADRIANA BUENDIA.

Luciendo en los primores de su gala  
Las musas del Perú su fantasía,  
De Apolo al llamamiento cierto día  
Volaron todas despeñando el ala.

Con gran suntuosidad, á que no ignala  
Ni aquella con que el cielo se atavía,  
Apercibido el Númer les tenia  
Magno banquete en brilladora sala.

“¿Qué se va á celebrar con tal banquete?”  
Ellas preguntan, y él con voz ufana  
Dícele: “Vuestro hermoso ramillete

Con otra bella flor hoy se engalana”  
—¿Cuál la que nuevos triunfos nos promete  
Vedla aquí; esta es—Su nombre?—ADRIANA.

Cuando enalzada al coro de las bellas?  
Musas que la nación honran peruana,  
Fué por Apolo la precoz Adriana  
Gentil cantora, de rosadas huellas,

A par de sus abrazos todas ellas  
El dulce nombre diéronle de hermana,  
Y formáronle rueda cortesana,  
Que brilló como un círculo de estrellas.

Agradéceles ella el fino exceso  
De su cariño y su bondad; se inspira;  
Y llenándolo todo de embeleso

Así canta con gloria de la lira,  
Que aquellas se le prenden con un beso,  
Presente el dios, que con placer lo mira.

MANUEL ADOLFO GARCIA.

### JOSEFA PAZ-SOLDAN.

Oh! que triste es perder en el desierto de  
la vida uno de esos raros árboles cuyo  
fruto hemos saboreado en nuestra triste peregrinación, y á cuya sombra nos acogimos cuando el sol de la realidad abrasaba nuestra frente. . . .! Tal era para mí Josefa Paz Soldan de Rouaud.

Esta preciosa joya de nuestra sociedad ha sido arrebatada por la muerte en las primeras horas de la noche del 16 del actual.

Ella, es cierto que por su modestia llevada hasta la exajeración, no lució con todo el esplendor que debía; pero ¿quien que conociera á Josefa Paz Soldan no admiraba sus distinguidos talentos, su vastísima instrucción, sus sentimientos nobles, entre los cuales el de la patria era el mas ardiente?

Yo que tuve la fortuna de ser su amiga, casi desde la niñez, pude apreciar sus grandes cualidades: como esposa fué un modelo; como madre, incomparable; y como amiga, yo que recibí sus constantes cariños, que fuí siempre la confidente de sus mas íntimos secretos, puedo decir que si la amistad tiene altares, uno de ellos, y de los mas hermosos fué el corazón de Josefa Paz Soldan.

Desde muy temprano se acumularon las desgracias para herirla en lo mas caro de sus afectos, y sin embargo, su alma tan grande como cristiana supo sobreponerse, siempre, siempre con heroica resignación, á todos los pesares, á todos los dolores.

En su corazón sensible y generoso, siempre halló algún alivio el infortunio. Yo, nunca, jamás olvidaré que fuí en muchas ocasiones la emisaria de sus bondades; y segura estoy que con la noticia de su muerte, aquellas personas, que son muchas, cuya miseria socorrió, y cuya desnudez supo cubrir, llorarán tanto tal vez como la lloro yo,

¿Cuántas veces leyendo juntas las necrolojías que se hacen generalmente por la prensa me decía. “No puedo conformarme, porque no es justo, con este prurito de alabar á todos los que mueren; pues muchas veces en lugar de honrarlos se da motivo á fundadas y severas críticas!” Pero ¿quién mejor que ella es acreedora á que se le encomie y que se hagan públicas las eminentes cualidades que poseía? De Josefa Paz Soldan puede decirse sin temor alguno, lo que dijo el Salvador de Nataniel: “He ahí un verdadero Israelita en quien no cabe dolo ni doblez.”

En su última visita, no ha muchos días, me refería minuciosamente todas las amarguras que habian desgarrado su alma, y sus ojos inundábanse de lágrimas toda vez que sus labios pronunciaban el nombre de su hijo Manuel Rouaud, que hizo honor á la juventud peruana, por su talento, su ciencia, su abnegación y patriotismo, y que murió en las soledades del Amazonas trazando los límites del Perú con el Brasil. Lloraba pues Josefa, no solo por la muerte de su hijo, sino porque no habia concluido la pequeña parte que le restaba de su tan noble como difícil comision, que ya poco tiempo antes le habia costado á él la pérdida de una pierna. Parece pues, que ella quizo hacerme sus últimas confidencias, y cuando terminó no pude ménos que decirle: dichosa tú que has acumulado tan inmenso caudal de merecimientos para con Dios: El te dará el justo galardón que has sabido alcanzar.

¿Y quien me iba á decir que tan cercano estaba el día en que ella debía ir á recibirlo?

¡Oh! si el dolor que oprime mi corazón y las lágrimas que vierto borrando casi las líneas que escribo, me permitieran unos momentos mas para hacer de Josefa Paz Soldan el elogio que merece, tal vez se atenuaría la profunda pena que me domina! Pero, no; es imposible: hoy no puedo cumplir con el deber ni realizar mi deseo.

¡Solo puedo llorar!

JUANA LAZO DE ELES PURU.

### EL PICAFLOR.

Pajarillo alegre  
Que de rama en rama,  
Do el placer te llama,  
Acudes veloz.  
Y á la flor mas linda  
Que cres tu embeleso,  
Si la das un beso  
Nunca le das dos.

¿Dime por qué tocas  
La nítida y pura,  
Si tu amor no dura,  
Si presto te vas,  
Y en rápido vuelo,  
Voluble y contento,  
Con gracioso acento,  
El adios le dás?

¿Acaso es que en ella  
No encuentras constancia?  
¿O es su tolerancia  
La que te hace huir,  
Y de unas en otras,

Batiendo las alas,  
Tu canto y tus galas  
Les quieres lucir.

En cuantas visitas,  
Tu inconstancia sellas:  
Ni las ménos bellas  
Se libran de tí,  
Que en un solo día  
Recorres jardines,  
Sin dejar jazmines,  
Rosas ni alhelí.

En tu agudo pico  
Su nectar derraman,  
Pues te obsequian y aman  
Sin ningun temor,  
Y en pos de otros goces  
Te vas y las dejas,  
Marchitas y viejas  
Ya, para tu amor.

Mas ¿por que acusarte  
Ave entretenida,  
Cuando en esta vida  
Todo es variedad  
Y el amor vehemente  
Que creemos locura,  
Se estingue ó se cura  
Con facilidad?

¿Si en el aire, vemos  
Que forman castillos,  
Amantes sencillos,  
Llenos de ilusion.  
Y despues, no quedan  
De esos monumentos,  
Tal vez, ni fragmentos;  
En el corazon?

¿Qué extraño es que vivas  
Cambiando de objeto,  
Si en tu vuelo inquieto  
No sabes que hacer,  
Y cuando es seguro  
Que la raza humana,  
Desecha mañana  
Lo que ansiaba ayer?

MANUELA VILLARAN DE PLASENCIA.

## CAPRICO DE LIMEÑA.

[TRADICION.]

Yo no sé, lector, si conoces una de mis leyendas tradicionales titulada *Pepe Bandos*, en la cual procuré pintar el carácter, enérgico hasta rayar en lo arbitrario, del virey don José de Armendaris, marqués de Castel-fuerte. Hoy, como complemento de aquella, se me antoja referirte uno de los arranques de su excelencia, arranque que me dejé olvidado en el tintero.

### I.

Don Alvaro de Santiponce era, por los años de 1731, un joven hidalgo andaluz, avecindado en Lima, buen mozo y gran trapisondista. Frecuentador de garitos y rondador de ventanas, tenia el genio tan vivo que á la menor contradiccion echaba mano por el estoque y armaba una de mil demonios. De sus medios de fortuna podia decirse aquello de presuncion y pobreza todo en una pieza, y aplicarle, sin temor de incurrir en calumnia, la redondilla:

Del hidalgo montañés  
Don Pascual Perez Quiñones  
Eran las camisas nones  
Y no llegaban á tres.

Con motivo de la reciente ejecucion de Antequera, la ciudad estaba amagada de turbulencias y el virey habia hecho publicar bando para que, despues de las diez de la noche, no anduviesen los vecinos por las calles y, á fin de que su ordenanza no fuese letra muerta, multiplicó las rondas y aun él mismo salia á veces al frente de una á recorrer la ciudad.

Nuestro andaluz no era hombre de sacrificar un galanteo á la obediencia del bando, y una noche pillólo la ronda departiendo de amor al pié de una reja.

—¡Hola! ¡Hola! caballerito, dése usted preso—le dijo el jefe de la ronda.

—Un demonio!—contestó Santiponce y desenvainando el fierro empezó á repartir estocadas, hiriendo á un alguacil y logrando abrirse paso.

Corria el hidalgo, y tras él los ministriles, hasta que, dos ó tres calles adelante, viendo abierta la puerta de una casa, colóse en ella y sin aflojar el paso penetró en el salon.

Hallábase la familia de gran tertulia, celebrando el cumple años de uno de sus miembros, cuando nuestro hidalgo vino con su presencia á aguar la fiesta.

La señora de la casa era una aristocrática limeña, llamada doña Margarita de \*\*\* muy pagada de lo azul de su sangre, como descendiente de uno de los caballeros de espuela dorada ennoblecidos por la reina Doña Juana la Loca por haber acompañado á Pizarro en la conquista. La engreida limeña era esposa de uno de los mas ricos hacendados del país que, si bien no era de acuartelada nobleza, tenia en alta estima los pergaminos de su mujer.

Impúsola el hidalgo de la cuita en que se hallaba, pidiéndola mil perdones por haber turbado el sarao, y la señora lo condujo al interior de la casa.

Entraba en las quijotescas costumbres de la época, y como rezago del feudalismo, el no negar asilo ni al mayor criminal; y los aristócratas tenian á orgullo comprometer la negra honrilla defendiendo hasta la pared del frente la inmunidad del domicilio. Habia en Lima casas que se llamaban de cadena y á las cuales, segun una real cédula, no podia penetrar la justicia sin previo permiso del dueño; y aun esto en casos determinados y despues de llenarse ciertas tramitaciones. Nuestra historia colonial está llena de querellas sobre asilo, entre los poderes civil y eclesiástico y aun entre el gobierno y los particulares. Hoy, á Dios gracias, hemos dado de mano á esas antiguallas y al pié del altar mayor se le echa la zarpa encima al prójimo que se descantilla; y aunque en la constitucion reza escrito no sé qué artículo ó paparrucha sobre inviolabilidad del hogar doméstico, nuestros gobernantes hacen tanto caso de la prohibicion legal como de los mostachos del gigante Culiculiambro.

La casa de doña Margarita era conocida por casa de cadena, y así lo comprobaban

los gruesos eslabones de la que se extendia á la entrada del zaguan. Habia en la casa un sótano ó escondite, cuya entrada era un secreto para todo el mundo, ménos para la señora y una de sus criadas de confianza; y bien podia echarse abajo el edificio sin que se descubriese el misterioso rincon.

El jefe de la ronda dió su espada, en la puerta de calle, á un alguacil; y así desarmado llegó al salon y con muy corteses palabras reclamó la persona del delincuente.

Doña Margarita se subió de tono y contestó al representante de la autoridad que ella no era de la raza de Judas para entregar á quien se habia puesto bajo la salvaguardia de su nobleza; y que así se lo dijese á Pepe Bandos, que lo que es á ella se le daba una higa de sus rabetas.

Y como cuando la mujer dá rienda á la sin hueso echa y echa palabras y no se agotan éstas como si brotáran de un manantial, trató al pobre guardian del orden de corchete y esbirro vil y á su excelencia de perro y excomulgado, aludiendo á la carga de caballeria dada contra los frailes de San Francisco el dia de la ejecucion de Antequera.

Palabra y piedra suelta no tienen vuelta. El de la ronda soportó impasible la andanada, retiróse mohino y, despues de rodear la calle de alguaciles, encaminóse á palacio, hizo despertar al virey y lo informó, de canto á canto y sin omitir letra, de lo que acontecia y de cómo la noble señora habia puesto de oro y azul, dejándolo para agarrado con tenacillas, el respeto debido al que en estos reinos del Perú aspiraba á ser mirado como la persona misma de su majestad don Felipe V.

### II.

Conocido el carácter del de Castel-fuerte, es de suponer que se le subió la mostaza á las narices. En el primer momento estuvo tentado de saltar por sobre la cadena y los privilegios, aprehender á la insolente limeña y con sus pergaminos nobiliarios encerrarla en la *cochera*, que así se llamaba un cuarto de la cárcel de corte destinado para arresto de mujeres de vida airada. Pero, calmándose un tanto, reflexionó que haria mal en extremarse con una caprichosa hija de Eva y que su proceder seria estimado como indigno de un caballero. Ainda mais, pensó, la mujer esgrime la lengua, arma ofensiva y defensiva que la dió naturaleza; pero cuando la mujer tiene editor responsable, lo mas llano es irse derecho á éste y entenderse de hombre á hombre.

Y, pensado y hecho, llamó á un oficial y enviolo á las volandas donde el marido de doña Margarita, que se encontraba en la hacienda á pocas leguas de Lima, con una carta en la que, despues de informarlo de los sucesos, concluia diciéndole:

“Tiempo es, señor mio, de saber quien lleva en su casa los gregüescos. Si es vuesa merced, me lo probará poniendo en manos de la justicia, antes de doce horas, al que se ha amparado de faldas; y si es la irrespetuosa compañera que le dió la Iglesia, dígamelo en puridad para ajustar mi conducta á su respuesta.—Dé Dios Nuestro Señor á vuesa merced la entereza de fundar buen gobierno en su casa, que bien lo ha menester, y no me quiera mal por el deseo.—*El marqués de Castel-fuerte.*”

A la burlona y amenazadora carta del virey contestó el marido muy lacónicamente:

—Duéleme, señor marqués, el desagrado de que me habla y en él interviniera, si la carta de vuesaencia no encerrára mas de agravio á mi honra y persona que amor á los fueros de la justicia. Haga vuesaencia lo que su buen consejo y prudencia le dicten, que en ello no habré enojo; advirtiéndole que el marido que ama y respeta á su compañera de tálamo y madre de sus hijos, deja á esta por entero el gobierno del hogar, en el resguardo de que no ha de desdecir de lo que debe á su fama y nombre.—Guarde Dios los días de vuesaencia para bien de estos pueblos y mejor servicio de Su Majestad.—*Carlos de \*\*\*.*

Como se vé, las dos epístolas eran dos cantáridas, chispeantes de ironía.

Al recibir Armendaris la contestacion de don Carlos lo mandó traer preso á Lima.

—Y bien, señor mio!—le dijo el virey—Conmigo no hay chancharras mancharras. Doce horas de plazo le acordé para que entregase al reo. ¿En qué quedamos? ¿Han de ser mangas ó tijeretas?

—Será lo que plazca á vuesaencia, que aunque me acordára un siglo no haría yo fuerza á mi mujer para que entregase al que sufre persecuciones por la justicia.

—Que no!!!—exclamó furioso el marqués.—Pues esta misma noche vá usted con títeres y petacas desterrado á Valdivia, que por mi santo patron el de las azucenas! no ha de decirse de mí que un maridillo linajudo me puso la ceniza en la frente.

Pero como en palacio las paredes se vuelven oídos, súpose en el acto por todo Lima que en la fragata *Maria de los Angeles*, lista para zarpar esa noche del Callao, iba á ser embarcado el opulento don Carlos. Doña Margarita cogió el manto y, acompañada de dueña, rodrigon y paje, salió á poner la ciudad en movimiento. El arzobispo y varios canónigos, oidores, cabildantes y caballeros titulados, fueron á palacio para pretender que el marqués cesase en lo relativo al destierro; pero su excelencia, despues de dar órdenes al capitán de su escolta, se habia encerrado á dormir, previniendo al mayordomo que aunque ardiese el mundo nadie osára despertarlo.

Cuando al otro día asistió el virey al acuerdo de la real Audiencia, ya la *Maria de los Angeles* habia desaparecido del horizonte. Uno de los oidores se atrevió á insinuársele y el marqués le contestó:

—Que doña Margarita entregue al delincuente y volverá de Valdivia su marido.

Pero doña Margarita era de un temple de alma como ya no se usa. Amaba mucho á su esposo; mas creia envilecerlo y envilecerse accediendo á la exigencia del marqués.

En punto á tenacidad, dama y virey iban de potencia á potencia.

## III.

Y pasaron años.

Y doña Margarita enviaba por resmas,

cartas y memoriales á la corte de Madrid y se gastaba un dineral en misas, cirios y lámparas, para que los santos hiciesen el milagro de que Felipe V le echase una filípica á su representante.

Y en estas y las otras don Carlos murió en el destierro.

Y Armendaris regresó á España, en 1736, donde fué agraciado con el toison de oro.

Bajo el gobierno de su sucesor, el marqués de Villagarcía, salió don Alvaro de Santiponce á respirar el aire libre; y para quitar á la justicia la tentacion de ocuparse de su persona se embarcó, sin perder minuto, para una de las posesiones portuguesas.

El marqués de Castel-fuerte se disculpaba de este abuso de autoridad, diciendo:—Cometilo para que los maridos aprendan á no permitir á sus mujeres desacatos contra la justicia y los que la administran; pero dudo que aproveche el ejemplo pues, por mas que se diga en contrario, los hijos de Adán seremos siempre unos bragazas y ellas llevarán la voz de mando y harán de nosotros cera y pabilo.

RICARDO PALMA.

Lima, Noviembre 15 de 1874.

## ¡DESCANSA, GUERRERO!

(TRADUCIDA DE DYMON.)

Viene desde los campos de batalla,  
Y alumbra su camino la tormenta;  
Pide un rincon en la pajiza choza,  
Busca el calor de la chispeante hoguera:

Desencajado y lívido el semblante,  
Suelta sobre los hombros la melena,  
No es ya ese busto el que cubrió de besos  
En el terrible ¡días! su madre tierna:

Alumbran en instantes sus miradas  
Bajo la sombra de las anchas cejas,  
Cual fulgor de relámpago lejano  
Cruza en la noche enmarañada selva.

Se ha dormido por fin. ¡Duerme guerrero!  
Mira en tu sueño la nativa aldea,  
Aspira los perfumes de sus bosques,  
Oye las flautas de sus lindas fiestas:

Es la suya esa voz... es que te nombra,  
Fiel á sus votos tu regreso espera:  
Tus labios tocan sus amantes labios,  
Roza la tuya su mejilla fresca...

¡No despiertes, guerrero, no despiertes  
¡Despertar es horrible... ¡sueña! ¡sueña!  
Ese es el sueño de la dicha y siempre  
Tumbas ó ingratitud hay tras la ausencia.

JORJE ISAACS.

## TRINIDAD FERNANDEZ.

(EN EL ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO.)

TRINIDAD Fernandez era mi amigo, mi buen amigo; por eso le debo un recuerdo.

Fué poeta: la literatura nacional perdió en él á uno de sus ilustres miembros.

Activo y laborioso, jamas se le vió halagado por la fortuna.

Consolémonos pensando que ya descansa de las penurias de la estrecha situacion en que vivía, luchando con su contraria estrella, con esa enérgica voluntad que caracteriza á los hijos del Misti, mecidos, en su cuna, por los terremotos y arrullados por los estruendos del volcan.

Como poeta no tenia, tal vez, el esquisito sentimiento de Melgar, de ese arequipeño tan célebre por su patriotismo y su talento, pero en sus DOLORAS, que era el género que cultivaba con mas gusto, se veía igual nobleza de corazon y el mismo anhelo del bien.

Aunque en principios políticos no era Fernandez tan demócrata como yo habria deseado, fué siempre liberal sin veleidades.

¡Bardo infortunado!

Pasó toda su juventud adormeciendo sus negras penas con sus tiernos cantares.

El poeta, ave nacida para vivir en la region etérea, no es sino con mucho dolor que recoge sus alas cuando se vé obligada á posar su pié sobre la tierra de que salió y á cuyo seno tiene que volver; porque el poeta, rompiendo los lazos materiales de su existencia, aspira al infinito que presiente y adivina antes que el espíritu deje su presa al sepulcro!

Que Heráclito llore, que Demócrito ria, contemplando la marcha de la humanidad, tan llena de perturbaciones, y las caidas del hombre á cada paso ¿qué importa? El verdadero filósofo, el vate, no ve en esto sino accidentes individuales, efectos de la ceguera ó de la corrupcion de todo ser viviente.

En tanto, el bien es absoluto y eterno ó dejaría Dios de ser Dios.

Fernandez, no conocia el desaliento, ni desesperaba jamas del porvenir. ¡Oh! tuvo, pues, mas firmeza que la generalidad de los hombres ó no llegó á atravesar, entera, la *Via-crucis* de sufrimientos morales, al término de la cual, estalla el corazon de la víctima, como un vaso de cristal ó, en su febril delirio, lleva á sus lábios la copa de licor, para adormecer su inteligencia y olvidar el pasado que importuna, haciéndose, al mismo tiempo, insensible al presente que acosa, que punza, queriendo dislocar el alma del cuerpo.

¡Tan cerca del mal como del bien se encuentra este poco de arcilla de que somos formados!

Pero, ¿por qué nuestras mas firmes creencias proyectan en nuestro camino la triste sombra de la duda?

La duda se ha disipado para Fernandez.

Tambien se desvanecerá para los que le sobrevivimos, cuando como él, cerremos los ojos para siempre.

JUAN FRANCISCO DE LARRIVA.

## HISTORIA DE UN BESO.

Ansié besar sus ojos ó su boca,  
La punta de sus dedos ó su trenza,  
Y siempre, lo confieso con vergüenza,  
La hallé mas inflexible que una roca.

No por esto mi espíritu se apoca;  
Pero á ceder mi pretension comienza,  
Y pues no hay argumento que la venza,  
Pedí lo que por bajo, el suelo toca.

Movióla acaso mi actitud de hinojos,  
Y al fin, de una princesa con la calma,  
Su mano de cristal dió á mis antojos.

Yo la volví por la sensible palma,  
Y como por la boca ó por los ojos,  
Creí beber todo un raudal de su alma.

JUAN DE ARONA.

## UNA QUERRELLA.

(Conclusion)

Media hora mas tarde, con el corazon agitado por un sentimiento indefinible mezcla confusa de dolor, de colera y de un gozo amargo. Enrique flanqueaba los berceles de ese lindo pueblecito, oculto como una violeta entre los oasis sembrados acá y allá, en las riberas del oceano.

De pronto, su caballo, sin necesidad de la brida, se detuvo ante la reja de madera que cercaba un huerto en cuyo centro una graciosa casita de madera pintada al temple, blanqueaba entre el ramage.

Enrique ató su caballo al tronco de un sauce, salvó la reja, y atravesando el huerto, se dirigió á la casa.

Los perfumes embriagantes de las rosas, de los jazmines y azahares saturaban el aire llevando á su corazon, en ondas de dolor, el recuerdo de una dicha desvanecida.

Enrique dió vuelta en torno de la casa. Una puerta—ventana de esas que dan salida á los jardines en las villas italianas, estaba abierta é iluminada. Enrique se detuvo ante ella. Una mujer vestida de blanco, los codos apoyados en una mesa y el rostro oculto entre las manos estaba inmóvil y silenciosa. Delante de ella veíanse los fragmentos de un retrato.

Al ruido que la arena hizo bajo el pie de Enrique, un rostro bello aunque en extremo pálido, se volvió hácia él.

—¡Maria!—iba á exclamar Enrique; pero una fria mirada cambió aquella apasionada invocacion en una frase ceremoniosa.

—Suplico á U. Señora—la dijo—que me perdone si, aunque con profundo disgusto, regreso á su casa. Mañana emprendo un largo viaje; y antes de partir me es necesario devolver á U. objetos que no pueden confiarse á nadie.—

Y le presentó un paquete de cartas.

Recibiólo ella en silencio y lo arrojó sobre la mesa.

—Me será permitido demandar igual res-

tucion?—añadió Enrique, irritado de esa aparente serenidad.

Maria se levantó, fué hácia un escritorio, tomó un paquete sellado y se lo entregó.

—¡Estaban listas!—

—Si, señor—

Nada habia ya que decir ni que esperar y sin embargo, Enrique permanecía aun allí. Parecíale que sus pies habrian echado raíces en aquel sitio donde tanto tiempo habia habitado su alma.

—¡Ah!—dijo—hé aquí todo concluido entre nosotros! hénos aquí estraños el uno al otro. Sin embargo, . . . . . antes de separarnos para siempre, ¿no queria U. dejarme un sentimiento menos amargo? no procurará U. justificarse?

Maria irguió su bella cabeza y guardó silencio.

—Pues, bien—dijole Enrique, haciendo esfuerzo para ahogar un sollozo que queria mezclarse á su voz; pues bien, cualquiera que sea lo que acontezca, acuérdesse U. que la he perdonado.

—¡Perdonarme!—esclamó ella—perdonarme! ¿que? El haber ultrajado mi amor? el haber hecho la desgracia de mi vida? ¡Ah! si uno de nosotros tiene que perdonar, no es ciertamente U. señor.

—No soy yó!—esclamó Enrique dando un paso hácia ella—¡Ah! dignese U. al menos decirme . . . . .

—¡Nada! señor, nada! ¿Para que servirian las esplicaciones? Tan solo para probarnos una vez mas, que nuestra almas no se comprenden, y que el camino de la vida es para nosotros muy diferente. El de U. es brillante, sembrado de flores: U. lo recorrerá sin obstáculos y la dicha vendrá á su encuentro, complázcome en crearlo, y solo deseo que un dia se arrepienta. Hé ahí todo lo que tengo que decir. Adios.—

La voz de Maria se apagó á estas palabras; pero, dominando inmediatamente aquella impresion; revistió su semblante de una serenidad que exasperó á Enrique.

Habria querido verla desolada, derramando lágrimas tan amargas como las que él sentia rebosar en su propio corazon.

—¿Rehusa U. justificarse?—díjola con amarga ironía—Tiene razon; U. porque yo no daria fé á sus palabras.

—Y bien—replicó ella—¿porque agriarnos mas con discusiones inútiles? Sepámonos sin ofendernos de nuevo: ¿No sabemos ya que nuestros caracteres no simpatizan? Todo queda reasumido en estas palabras: U. no me amaba, no me estimaba bastante para confiarme su honor y la felicidad de su vida.

—¡Que no la amaba!—esclamó Enrique con una esplosion de resentimiento.

—¡Ah! ¿no es U. quien, hace seis meses está aplazando indefinidamente el dia de nuestra union, sin espresar el motivo? ¿Qué ha destruido mi confianza, sino la conducta culpablemente misteriosa que U. observa conmigo de un tiempo á esta parte? ¿Se dignó esplicarme su turbacion cuando yo llegaba mas temprano que de costumbre? ¿Ha querido U. jamás decirme quien le escribia

esas cartas que nublaban su frente ó la hacian resplandecer de gozo? ¿Y ese joven que encuentro siempre en el camino de esta casa, y cuya vista hace nacer en los labios de U. una sonrisa de secreta inteligencia, quien es?

En fin, esta tarde llego y encuentro á U. radiante de una alegria, cuya causa se obstinó en ocultarme, á mí, que vivía de su vida. . . . . Durante nuestra discusion oigo pasos en su gabinete de pintura; quiero entrar y U. se opone; insisto, y U. se coloca delante de la puerta. ¿Que debía yo creer? ¿Que habia tras de esa puerta? ¡Ah! dele U. si puede, otro nombre que no sea este: ¡Infamia!

Una llamarada de indignacion brilló en los ojos de Maria, que levantándose pálida y erguida, fué á abrir la puerta de aquel gabinete.

—Enrique—dijo, haciendo un gran esfuerzo para afirmar su voz—la mayor prueba de amor que U. pudo darme habria sido el fiarse en mi palabra; creerme, cuando respondia á cada injuriosa sospecha que U. me arrojaba al rostro.—Te amo ¡te amo! Pero no: suspicaz como un corazon sin generosidad, celoso como quien sabe engañar ha sido U. duro, injusto, egoista. No reflexionaba que siendo U. rico y yo destituida de fortuna, debía mostrarme altiva, y rehusar muchas veces justificarme. Sabiendo bien que la familia de U. aristócrata de raza y de dinero, deseaba darle una esposa acaudalada, nunca habria concedido á U. mi mano, si un abogado, antiguo amigo de mis padres no hubiera descubierto en unos antiguos documentos, mi legítimo derecho á una cuantiosa herencia. Era forzoso entablar un litis; y aquel hombre generoso, dolido de mi orfandad, lo siguió con incansable solicitud, hasta hoy, que la corte falló definitivamente en mi favor.

Esta era la causa de ese retardo que tanta sombra arrojaba en el ánimo de U.

Mi protector, impedido por los años y una dolorosa parálisis, me escribia las noticias buenas ó malas que debía darme. Su hijo me traia las cartas, y recogia las firmas necesarias en aquel litigio. Ese era el joven cuya presencia inspiraba á U. ofensivas sospechas. Entre tanto, y mientras mi abogado arancaba de manos de mi usurpador mi perdida fortuna, aprovechaba yo aquella dilacion para acabar un cuadro: el retrato de una noble y hermosa mujer muerta víctima de su celo caritativo durante una epidemia.—

—Consagrábalo á su hijo, que muchas veces habia llorado conmigo el temprano fin de aquel ser idolatrado. Ayer habia alguien oculto en este gabinete, es cierto; pero era mi maestro, que habiendo conocido el original, daba á mi obra los últimos toques.—

A estas palabras, acercándose á un gran cuadro colocado en el caballete apartó el velo que lo cubria.

—¡Maria!—esclamó Enrique cayendo de rodillas ante ella, y ante el retrato de su madre.

—Hé ahí—continuó ella, con frialdad—hé ahí explicadas esas reservas que una alma leal habria aceptado sin examen.

—Pero U. lo ha destruido todo con su vio-

lencia y sus injuriosas suposiciones; ha ofendido mi dignidad en lo que tiene de mas sagrado: el honor; ha herido profundamente mi corazon, y roto en él para siempre los lazos que nos unian.—

Y Maria pálida pero firme y serena, dejó el cuarto sin dirigir á su amante una mirada.

Enrique salió de aquella casa loco de dolor. Atravesó el jardín, cuyas flores balanceándose al húmedo ambiente del alba, se inclinaban ante él cual amigos que lo saludáran al paso. Volvió á saltar la reja y pasó al lado de su caballo sin verlo, sin oír el relincho lastimero con que el pobre animal lo llamaba.

—¡No me ama ya!—exclamaba, marchando á largos pasos—la he ofendido, y quiere castigarme, arrojándome de su presencia; desecha mi amor, quiere que muera!—

Al llevar la mano al corazon encontró el revolver con que poco antes los celos lo habian armado. Enrique lo estrechó contra su pecho como á su última esperanza.

—¡Muramos!—dijo—aquí cerca de esa morada, donde mi alma vagará eternamente en busca de la suya.—

Miró hácia el oriente, que comenzaba á teñirse con los rosados tintes de la mañana

—Al primer rayo de sol!—se dijo, acariciando el cañon de su revolver.

En ese momento una mujer cubierta de harapos, lívida y demacrada, llevando consigo dos niños, uno en los brazos, el otro de la mano, pasó al lado de Enrique, arrastrándose á lo largo del camino.

A esa vista, un sentimiento de piedad distrajo un momento su espíritu de la siniestra idea que lo absorbía. Acercóse á la triste madre y le preguntó por qué se encontraba á esa hora, en aquel parage desierto, desamparada y sola.

—¡Ay de mí!—respondió la desventurada—como nos vé U. ahora, señor, así nos hallamos ya en el mundo: huérfanos y sin asilo. Vivíamos del diario trabajo de mi marido pero caímos los dos, al mismo tiempo enfermos, fué necesario separarnos para ir al hospital, él á San Andres, yo á Santa Ana, con mis hijos.

Ayer encontrándome sin fiebre, diéronme de baja, y me encontré á la puerta del hospital mas débil y enferma en la convalecencia, que lo habia estado en la enfermedad. Arrastréme con mis hijos hasta Malambo donde vivia, en un callejon, pero durante mi enfermedad, el casero habia alquilado mi cuarto. Fuí á San Andres en busca de mi marido, y lo encontré tendido en el *De profundis*. . . . Juzgue U. señor, mi situacion! . . . Sin saber donde volver los ojos, pensé en unos parientes lejanos que residen en la *Magdalena*, y vengo á pedirles un asilo.

En medio de su desesperacion, Enrique pensó con una vislumbre de gozo que el oro que llenaba sus bolsillos, destinado á una noche de orgia, podia ahora derramar el consuelo en aquellos desgraciados. Vertiólo en la raída manta de la pobre viuda que cayó de rodillas con sus niños, implorando para su bienhechor las bendiciones del cielo.

—Orad por mí—les dijo él, alejándose. Y su voz, á estas palabras tenia un acento lúgubre, por que una luz dorada comenzaba á colorear las copas de los arboles.

Enrique tomó su arma, y envió á Maria su último pensamiento; á Dios su última plegaria . . . . .

De repente, un brazo cariñoso rodeó su cuello: un rostro pálido y mojado de lágrimas se apoyó en su hombro.

—¡Perdon!

—Perdon!—dijeron ambos á la vez.

—Y el primer rayo de sol, aguardado como una señal de muerte, alumbró la felicidad de dos seres que casi hubo de separar para siempre el exceso mismo de su amor.

Poco despues, con gran sorpresa de sus amigos y de la sociedad limeña, que la idolatraba, la linda Alina Wilson, hija de un ministro extranjero, arrancándose al abrazo paterno que anhelaba retenerla, dejaba, para siempre las playas del Perú.

¿Porqué abandonaba así, padre, amigos, adoraciones?

¡Ah! es que, por una ley fatal, aquello mismo que hace la felicidad de una alma, hace la desventura de otra.

En el mundo moral, como en el mundo físico, la luz produce sombra.

FIN.

JUANA MANUELA GORRITI.

## ¡DELIRIO!

EN LA MUERTE DE MIS HIJAS.

Despierta corazon de ese letargo  
En que el dolor mas grande te ha sumido,  
Y busca en torno las amadas prendas  
Que ausentes llora el paternal cariño . . .  
¿Dónde estan esas flores perfumadas?  
¿Dónde se han ido?

Huella del globo la region distante,  
Las ondas surca de ese mar salado,  
Cruza del éter la extencion vacía  
Hasta llegar al mundo de los astros,  
Y dime dónde  
Mis dulcísimas tórtolas volaron!

Mas, si han llevado á otra region ignota  
El raudó vuelo de sus blancas alas;  
Si el hielo de la muerte ha marchitado  
Esas flores de amor santificadas,  
Despierta, corazon, de tu letargo  
Y en la amargura del dolor estalla! . . .

A. DE LA E. DELGADO.

Lima, Octubre de 1874.

## EL GAUCHO.

**P**ALABRA indígena y con la que se denomina al hijo y habitante de estos campos virjinales.

Es el feliz y acabado conjunto de tres razas puras y gigantescas, por sus gloriosas tradiciones y de las cuales se ha formado la suya, raza *sui-generis*, típica y que personi-

fica la nobleza, el valor, la generosidad y la independencia de sus heroicos antepasados.

Por sus venas corre la nunca bien encarecida sangre del noble, leal y valiente *Iberro*: la del sentimentalista, ágil é indolente *Arabe* y la del suspicaz libre é idólatra de su hogar y suelo nativo, *Indio pampa* y hállanse impregnadas estas características cualidades del *gaucho*, de la risueña pureza de sus siempre verdosos campos, de la augusta magestad de sus soledades y los tonificantes vientos del poderoso *pampeño*, que viene desde los Andes, purificando la atmósfera de las inmensas llanuras, donde se encuentra el santuario de su tranquilo y hospitalario hogar.

Este hijo primitivo de una sonriente y rica naturaleza, es de talante varonil y gallardo; de sueltos y ájiles miembros y de tético y reservado aspecto: cauto, sencillo, sobrio, fiel, sufrido, perseverante, desinteresado é incansable en los trabajos que ejecuta con destreza, á caballo: casi falto de creencias y de conocimientos religiosos; es su religion la natural de la conciencia y el deber de todo hombre sencillo, pero de fácil comprension y despejada inteligencia.

Tiene por esposa á la muger legítima ó á la querida, con quien naturalmente lo unió el amor ó la amistad y el cariño, del continuo y aislado trato y cuyo matrimonio es para ellos, tan solemne como si llevara la bendicion del sacerdote.

Inseparable compañero del *gaucho* es el brioso y dócil animal que maneja tan bien como un equitador. Oprime los hijares de su bridon con mas bizzarria que los errantes cosacos y beduinos.

Generalmente vive aislado con su familia en un rancho, formado en sus estremos con gruesos estacones de *ñandubay*, madera tan fuerte que se petrifica en la tierra: el techo es elevado en medio, con declive á ambos lados y cubierto de larguísimas pajas ó espadañas, que se crían en los bañados, y con largas varas de biznaga cubren el esqueleto de las paredes que revocan con barro; pobrísimos eran antes estos ranchos en su arquitectura, y regularmente les servia de puerta, el cuero de algun animal; pero hoy se hacen en las estancias, con mas comodidad y de ladrillo, aunque todavia el *gaucho* pobre ó el que vive lejos de los centros de poblacion, fabrica su rancho como una cabaña y dividido en dos pequeños departamentos, el uno para vivir toda la familia y el otro para cocina y comedor.

El mueblaje es pobrísimo: compónese apenas, de la mala cama de los esposos, las de los chicos, algun baul y sillas viejas. En la cocina se hace el fuego en el suelo y en el centro del cuarto con biznaga, cardo seco ú osamentas de animales, echándoles sebo para que ardan. Arrimando á esta lumbre la caldera, calientan el agua para tomar el *mate* y ponen el *asador* con un gran trozo de carne, que es su comida. Los asientos que van colocando al rededor del fuego, son esqueletos de las cabezas de animales vacunos y yeguarizos.

El *mate*, es la infusion de una yerba peculiar del Paraguay y Misiones, que se toma como el té y café, pero en pequeñas calabazas y por medio de una bombilla ó tubo delgado. De esta bebida hace uso el *gau-*

cho desde por la mañana hasta por la noche y le sirve de distraccion y alimento. Toma el *mate* asociado á otros compañeros vecinos ó forasteros y conversando de las novedades del *pago* ó *partido*, de los *parejeros* y de las carreras, de las *invasiones de los salrajes*, de las peleas en la *pulperia* y de los *contingentes* que pide el gobierno á cada juez de paz, para mandar á la *frontera* contra los indios ó para engrosar las filas de los ejércitos, que debora la mas permanente y desastrosa guerra civil.

Un gran trozo de carne, asada en las llamas ó brasas, es casi el único alimento del *gaucho* y su familia, comiendo á medio día y cenando á la oracion, despues de su trabajo, y bien sea como peon ó dueño, cuida de las majadas de ovejas del *rodeo*, de las yeguas ó tropillas, ayudándole sus hijos, desde pequeños, de los que propiamente puede decirse, que se crían en el lomo del caballo.

El traje del *gaucho* argentino, es pintoresco y ligero: se reduce á un ancho calzonsillo de algodón, lo mismo que la camisa; á una manta que llama *chiripá*, se la pasa por entre las piernas y le cubre el medio cuerpo inferior: sujétalo en la cintura con una *faja* donde mete su gran cuchillo ó daga con vaina: un ancho *tirador* de suela, que cubre á la faja, en donde guarda su dinero, cigarrillos, avios y demas utensilios, y que se abotona con varias yuntas de pesos fuertes; el *poncho*, que es otra manta con fleco y con una abertura al medio, por donde introduce la cabeza y que le tapa el cuerpo. Se cubre con un sombrero de *paja*, ú otro bajo, de anchas alas, ó con un pañuelo airosamente puesto. Se deja crecer el pelo y la barba.

BERNABÉ DEMARIA.

(Continuará.)

## IMPROVISACIONES.

SONETOS DE ESTILO FAMILIAR.

### I.

Entre Scila y Caribdis

(A las Señoritas R. M. R. é Y. R.)

Trájica, ardiente, la una, á mi derecha,  
Con elocuencia ante la cual me pasmo  
Expresa la pasión y el entusiasmo.  
O entona amarga y dolorosa endecha...

La otra, á mi zurda, cual vibrante flecha,  
Dispara agudo punzador sarcasmo  
(¡Perdone Zóilo este fatal pleonasma!).  
Y abre en mis ilusiones ancha brecha:

En medio yo, mísero vate, callo,  
Y sin fruto, perdida mi osadía,  
Con desusada turbacion batallo:

¡Triste, apurada situacion la mia!  
Pues que comienzo á sospechar que me ha lo  
Sentado entre... Melpómene y Talía!

### II.

Cámara oscura mental

Era noble, arrogante su figura,  
Y, bella junto de su bella hermana,  
Al lado semejaba de Diana  
Juno excelsa de prócera estatura:

Mas aun daba realce á su hermosura  
La negra cabellera soberana  
Que suelta la envolvía en la mañana  
Como regia flotante vestidura:

Inclinada hácia atrás la altiva frente,  
A su profusa copia dando aliño  
Luengas horas pasaba ante el espejo...

Aun contemplo de aquí distintamente  
Ese cuadro que ví cuando era niño...  
Á pesar de que estoy ya casi viejo!

NUMA P. LLONA.

1874.

## EL AGUA MANSA.

[L'eau dormante.]

ESCENAS DE LA VIDA MEJICANA, POR  
LUCIEN BIART.

(Continuacion.)

CON este sol! ¿Estás loca? Enjuga tus lágrimas, y vamos á almorzar, porque supongo que estás en ayunas. Lo que atrae á tu marido y al de Laura hácia la Wilson es la extrañeza: una rubia es lo contrario de una morena, eso impresiona á los hombres y los tienta.—

Durante el desayuno, doña Quirina hizo nuevas alusiones á don Luis, pero se vió tan bien combatida que ya no se atrevió á nombrarlo. Mientras tanto, doña Lorenza se mostró compasiva con el dolor de su amiga, la escuchó, la aconsejó y hasta llegó á distraerla.

—¡Cuán feliz eres no siendo celosa!—dijo doña Quirina en el momento de subir á la litera, golpeando el hombro de Lorenza con su mano derecha á guisa de despedida.

—Confío en don Luis, como él confía en mí, y vivo con los ojos cerrados.

—Dios quiera que no te obligue á abrirlos muy pronto.

—Lo amo y me ama—repuso doña Lorenza con dureza—ni una palabra mas sobre este asunto, Quirina, y que la Virgen te guie y te proteja.

Luego que su amiga partió, doña Lorenza se acostó en su hamaca, hizo traer montones de tela y dirigió el trabajo de sus camareras. A la hora de comer, se apareció don Luis.

—Qué tal! señor comisario—exclamó la criolla, que se sonrojó al apercebirlo—pues no es usted poco dichoso poseyendo una mujer tan activa y hacendosa como yo! Gracias á usted, he trotado toda la mañana en compañía de Antonio, y eso le costará á usted cien pesos lo menos, que he distribuido casi locamente en su nombre. ¿Me lo perdona?

—¡Qué cosa! ¿ser buena, Lorenza mia? te lo agradezco.

—Vamos á comer, y cuéntame algo de los prodigios que preparas.

La jovialidad de su mujer triunfó de la sequedad algo inquieta de don Luis, quien

aguardaba algunos reproches. Despues de comer, se instaló en el terrado, á los piés de Lorenza, que le refirió, callando lo que le concernía, la visita que habia recibido.

—Pobre Quirina—dijo la criolla, al concluir—me ha dejado muy triste y pensativa. ¡Qué crueles son los hombres, señor mio!

—Quirina se engaña, su marido la adora.

—Me he cansado de repetirle lo mismo, pero esa mujer-niña, no sabe mas que llorar.

—¿Y tú acaso no llorarias?—le preguntó don Luis.

—Qué sé yo de eso, bastante tiene uno con pensar en las cosas que pueden suceder, para comenzar á espantarse con quimeras. Sin embargo, si, lo que es imposible, una mujer se interpusiera entre los dos, me parece que le costaría la vida.

Doña Lorenza, lánguidamente acostada, con la cabeza apoyada en entrambos alzados brazos y con los ojos casi velados por sus largas pestañas, miraba amorosamente á don Luis; éste se levantó.

—Buenas noches, señor volcan—le dijo, inclinando la cabeza.

Con un movimiento rápido, la jóven abrazó la cabeza de su marido, la apoyó contra la suya, y lo besó.

—¡Ah! burlon—le contestó—sin embargo, no confies mucho: este tambien duerme—continuó, acostándose de nuevo, entre tanto que señalaba hácia el lago con la mano—lo cual no impide que nuestro amigo el doctor, que circula por sus orillas siempre que viene á visitarnos, opine que es un volcan.

### III.

Al dia siguiente, como á las nueve de la noche, dos fogatas encendidas con ramas de estoraque, colocadas á igual distancia de la graderia prefectural de Córdoba, iluminaban con sus intensas llamaradas la fachada de las casas circunvecinas y saturaban la atmósfera de su humareda aromática. Por las ventanas del gran salon que sirve para las sesiones del concejo municipal se distinguían dos arañas cargadas de cirios rosados, y las anchas escaleras del palacio oficial estaban tapizadas con finísimo césped sembrado de flores, como solo las producen los trópicos. El carruaje municipal, pesada caja sostenida sobre correas negras, á guisa de resortes, y cuya lanza y respaldo, esculpido y dorado, datan de la hermosa época de Luis XIV; condujo á la Wilson, que fué recibida al pié de la escalera por el mismo prefecto. El pueblo, agolpado en masa en la calle y ongalanado con vestidos de colores chillones, prorrumpió en vivas frenéticos al distinguir á la cantatriz, y la orquesta por refinada cortesania, tocó la cancion nacional americana, *Yankee doodle*.

—Juro á usted, amigo mio, que me parece soñar, decia un elegante caballero, en cuyo nítido chaleco blanco colgaba el monóculo, y que recorría el salon de bracerro con un oficial mejicano visiblemente estrecho en su uniforme. *Las Mil y una Noches* no son cuentos solamente. Nada mas espantoso que vuestros caminos, á no dudarlos; vuestras diligencias son carromatos que muelen, y vuestra cocina me parece

simplemente execrable. Si vuestra naturaleza es espléndida, vuestra población, que creo muy sucia, me parece una mancha en ella. Y luego, ¿no es idiota esa buena gente envolviéndose hasta los ojos con esas frazadas de lana en este tiempo? En cuanto á los sombreros alones con que se adornan, puedo asegurar que les dá cierto aire melodramático, que los hace confundir con los bandoleros. Pero, dígame usted, ¿dónde han descubierto ustedes los artistas que han tejido esta alfombra de flores, que apenas me atrevo á pisar? ¡Qué delicadeza, qué gusto en el arte de combinar los colores! Si fuera mujer, no querría poner los piés mas que en estos frágiles prodigios, cuyo autor, lo apostaría, tiene que ser un francés.

—Esta es la obra de esos indios, que tanto le disgustan á usted, señor.

—¿De veras? Pues bien, son artistas muy repugnantes, pero son artistas. Y á propósito ¿de dónde les viene á ustedes el uso de beber en un mismo vaso? Esta es una costumbre patriarcal que apesta. También deben ustedes dejar la costumbre de sofrenar tan bruscamente los caballos, proceder con el cual les destrozan la boca y las corvas... Todavía un señor que coge á otro por la cintura y le golpea las espaldas; nunca llegarán ustedes á convencerme que esa sea una manera política de dar los buenos días. Toma! oficiales! ¡Qué idea, gran Dios! cubrirse con chaquetas rojas y pantalones azules, cuando es tan racional hacer lo contrario.

—En Francia tal vez, respondió el mejicano; pero aquí estamos en Méjico, señor.

—Es cierto, y sin embargo, este salon deslumbrante, estos tapices, esos tocados tan frescos, tan bien llevados, casi me harían suponer que todavía me hallo en Paris. ¿Quién es esa hermosa morena, de frente serena y con un ligero bozo? Diríase una Juno.

—Es doña Quirina Vargas.

—Pues es espléndida; ¡qué hombros y qué brazos! ¿Sería acaso perder el tiempo ponerse á suspirar á sus piés?

—Me parece que quien lo intentára sería muy mal acogido.

—Una virtud, diablos! La virtud no se halla generalmente tan bien alojada. ¿Y quién es esa personata viva que mueve la cabeza al hablar, y que juega el abanico con la gracia y la viveza de una ala de ave?

—Doña Paulina Miranda.

—Con qué escándalo rie. Jesus! como dicen vuestras lindas compatriotas, si rie otra vez con iguales cabezadas, van á desatárselle los cabellos y á revelarnos los secretos del peluquero.

—Si los cabellos de doña Paulina se desatan, don Alberto, lo que no es imposible, quedará toda envuelta en ellos. Nuestras mujeres no conocen trenzas de artificio, ni coloretos, ni dientes postizos.

—Lo felicito á usted... Esta doña Quirina, á despecho de su nombre, es verdaderamente espléndida; presénteme usted á ella.

Y la hermosa Quirina, distraída, preocupada, se inclinó al oír nombrar al señor don Alberto de Vieilleville, secretario de segun-

da clase de la Legación francesa, que había llegado á Méjico en el mismo *steamer* que había conducido á la señorita Wilson.



LA riente Lima está triste: envuélvela una atmósfera de duelo. Sus hijos, requiriendo la espada, corren á la guerra.

¿A una guerra nacional? Regocijémonos! ¡Viva el Dos de Mayo!

No!... en son de combate van al encuentro de sus hermanos!

¡Plegue á Dios libramos de una guerra fratricida!

*Charla femenil.*—Espiritual, picante, y con toda la sal del Atica es la de las lindas amigas que sentadas en corro al lado mio, platican sobre las cosas mas halagüeñas de la vida, en tanto que yo escribo lúgubres frases. Sus frescas risas, sus graciosos dichos, mezclados al sombrío cuadro que traza mi pluma, parecen esos blancos lirios que la primavera abre entre las grietas de los mármoles sepulcrales. Pero así como estos perfuman el cementerio, aquellos derraman su alegría donde, hace tanto tiempo, habita el dolor.

Pero, he aquí la reina de la elegancia, la bella \*\* que llega con un lindo vestido de gros negro, cuya larga cola está adornada de pequeños volantes orlados de raso granate que se pierden en las bandas de la misma tela y color, colocadas á cortos espacios veladas con tul en el delantal. El peto del mismo raso, cubierto de tul negro, lleva en su parte superior un rizado de tul blanco que rodea el cuello.

La que con tanta gracia lleva este elegante vestido, está peinada de castaña y pequeños rizos sobre la frente, ocultos á medias con una echarpa *chantilly*, cuyas largas puntas flotan á la espalda.

La sombrilla, complemento de este gracioso atavio, es de las mismas estofas y colores que el vestido; y su mango de ébano tiene incrustados ocho carbunclos.

A la aparición de este tipo de elegancia, las parlanchinas emmudecen un momento para examinarla con curiosas miradas, y luego prorumpen en exclamaciones y preguntas sin fin.

—¡Qué bien se viste usted!

—¡Con qué gracia!

—¡Con qué *chic*!

—¿Por qué las modistas varían siempre para usted la moda?

—Será porque yo corrijo á las modistas y no las permito vestirme á su gusto sino al mio.

—¡Ah! cuánto agradeceremos á usted al-

gunos detalles sobre la moda de este verano.

—Con gusto, señoritas; pero ésta no ha fijado aun su último cartel. Sin embargo, acabo de recibir tres vestidos que mi modista me envía de Paris, confeccionados, siempre, á mi gusto, que ella conoce bien y que es también el suyo. Hélos aquí:

—El primero, es de gros granate muy claro, adornado por detras con cinco volantes de granadina negra pegados á tablas de tres dedos de ancho, y entre una y otra tabla un recorte de guipur de dos dedos, estirado y unido á la granadina. Los volantes llevan en ambas orillas una blonda muy angosta igualmente de guipur. Desde el último volante hasta la cintura, cada paño va forrado con granadina. El delantal está cubierto de pomos, alternados con tiras de guipur. El cuerpo es escotado y lo cubre una chaquetita formada con tiras de granadina y recortes de guipur, que va sujeta al talle con un cinturón de gros granate bordado de mostacilla negra, cerrado con una hevilla de azabache.

Completa este vestido un sombrero de paja negra, adornado de sesgos y plumas granate.

El segundo es de gros azul adornado con fular celeste muy claro, salpicado de gotas blancas. La falda lleva dos volantes al sesgo, y en la costura de estos, pomos, también sesgos de fular, dispuestos con cabeza de ambos lados. El delantal va cubierto de sesgos alternados de ambos colores con vivos opuestos; y en cada extremo grandes botones de nácar. Una polonesa larga y con grandes bolsillos, termina muy corta por delante, y se anuda atrás con un gran lazo formado de las dos telas.

El sombrero, es de paja de arroz con adornos del mismo fular del vestido y plumas celestes.

El tercero es un magnífico vestido para *soirée*, de gros color rosa seca. Compónese de una falda muy larga, cuyos paños partidos á lo largo van sobrepuestos los unos sobre los otros, orlada cada orilla de un grueso vivo de gros blanco. El paño de atrás lo forma un gran pomo rodeado de blonda blanca bordada de abalorios del mismo color. En el delantal cenefas de blonda con volantitos plegados, muy finos, de gros blanco y rosa seca. El cuerpo de forma Ristori, es una especie de corsé, que viene admirablemente á las personas de formas abultadas. Una lijera berta, casi formada de blondas, es todo su adorno. La falda, es muy estirada por delante, y con mucho vuelo por detras.

Los peinados bajan cada dia mas. Una trenza enrollada, muy atrás colocada, y sobre la frente muy recortado el cabello y lijeramente rizado.

Con todo esto, he recibido también media docena de sombreros á cual mas caprichoso y lindo. La hija de un ministro extranjero llevaba uno así, en el concierto del domingo.

Otro ví, mas lindo quizá, pero llevado de una manera ridículamente extemporánea: en el teatro!

—¡En el teatro!

—Sí. Atravesando, en la noche del jueves, el portal de San Agustín, oí decir que iban á ejecutar "La Ristori," polka, obse-



quio del señor Castañeda á la eminente trágica.

—Cómo!... pues ¿no debe tener lugar su ejecucion hoy en su dia de gracia?

—Si; pero apresuraron su estreno, por temor de que esta noche faltase la orquesta. ¡Oh! qué pieza tan preciosa! Obra de un verdadero artista. Así fué aplaudida con entusiasmo, repetida; y su autor largo rato llamado á la escena; pero el señor Castañeda, que tiene tanta modestia como talento, huyó despavorido ante aquella espontánea ovacion.

En cuanto á la jóven del sombrero, estaba muy bonita, pero... ridícula. No se os antoje ir jamas al teatro con sombrero.

—Yo! Bah!

—Ni yo!

—Ni yo!

—Lo sé: teneis muy buen gusto, para caer en talés aberraciones.

Embelesada en la gracia con que la encantadora describe la codiciada factura que su modista le envia, he llenado mi seccion con su graciosa charla.

¡Ay! ¿y mis impresiones, en qué espacio las expresaré, sobre todo aquella que estremeció mi corazón á la vista de la bella y desventurada Maria Antonieta, de una manera tan sublime interpretada por la incomparable Ristori?

Mis jóvenes amigas para consolarme, ofrénceme confiar las tuyas al siguiente Mosaico.

JUANA MANUELA GORRITI

## SUPLEMENTO. CHARADA.

Dedicada por el autor á las lectoras de LA ALBORADA.

De mi primera y segunda  
Se forma justo y cabal,  
Aquello con que los poetas  
Juegan al versificar.  
De mi segunda y tercera  
Se forma, sin cavilar,  
Una figura retórica  
Que pronto se encontrará.  
De mi tercera y segunda  
Si las juntas obtendrás,  
El nombre de un fiel cuadrúpedo  
Cuando aun pequeñito está.  
Junta mi cuarta y mi sesta  
Y el mismo nombre hallarás  
Que fué de un sumo pontífice  
Que entre los santos está;  
Nombre es tambien de un producto  
Con que suelen fabricar  
Los hombres, telas muy ricas  
Y es del reino vegetal.  
Con mi primera y mi quinta  
Una palabra obtendrás  
Que puede considerarse  
Como término ó final,  
Y en sentido metafórico  
Tambien la suelen emplear  
Como el fin que se desea,  
Como aspiracion ideal.  
De mi segunda y mi sexta  
El nombre se formará  
De objeto propio de reyes  
O gente muy principal.  
Con mi cuarta, primera y quinta  
Conseguirás designar

De cristal una vasija  
Con su nombre en propiedad.  
Si mi sesta y quinta juntas  
La palabra encontrarás  
Con que distinguen los músicos  
Su elemento principal,  
Y de esta misma palabra  
Suele nuestra lengua usar  
Cuando quiere fijar algo  
Que conviene no olvidar.  
Con mi tercera, si quieres  
Geografía recordar,  
Tendrás el nombre de un rio  
Que en la gran Europa está.  
De mi sexta usarás siempre  
Que te quieran fastidiar  
Con algo que no desees  
O que tu no quieras dar.  
De la primera á la cuarta  
Nombre sonoro obtendrás  
Con que suele designarse  
De un reyno la capital.  
De mi cuarta y mi segunda,  
En sistema decimal,  
Se formará una medida  
Que lo es de capacidad  
Y con mi quinta y mi cuarta  
Un objeto nombrarás  
Que es parte del uniforme  
Del soldado nacional.  
Mi todo es nombre eclesiástico  
Con que se suele llamar  
A un príncipe de la Iglesia  
Constituido en dignidad.  
Si esta charada adivinas  
No trepido en declarar  
Que para soltar enigmas  
Tienes tino singular.  
Perdona lector amable,  
Pues para darte solaz,  
Hé procurado enredarla  
Por eso tan larga está.  
Adivinela quien pueda  
Que para el autor será  
La mas dulce recompensa  
Verla pronto adivinar.

BIBLIÓFILO

Lima Noviembre 4 de 1874.

## SOLUCIONES

DE LA CHARADA N<sup>o</sup> 5.

De cavilar estoy harta,  
Mas creo que adivinara,  
Que es aquel torero "Lara"  
De la primera y la cuarta.  
Que el autor se vuelva calvo,  
Si la tercera y segunda  
A encontrar no me secunda,  
Del marfil el bello "albo."  
Sin duda no seré sola,  
Que en la tercera y primera,  
En la charada no viera,  
Una grandisima "bola."  
Tercera, y quinta parece  
Que á todas nos acomoda,  
Pues de himeneo la "boda"  
¿Que niña no la apetece?  
De su hermosa cabellera,  
Toda muger hace gala,  
Pero la encuentra bien "rala"  
En la cuarta, y la primera.  
Decirle yo no quisiera  
Pero lo diré al cabo  
Que significa el "rabo"

De la cuarta, á la tercera.

Creo si no me he engañado,  
Que he dado una gran bolada,  
Al decifrar "La Alborada"  
Que gran trabajo me ha dado.

MERCEDES ELESURU Y LAZO.

Noviembre 14 de 1874.

1<sup>a</sup> y 4<sup>a</sup> Lara: apellido español,  
2<sup>a</sup> y 3<sup>a</sup> Albo: Cualidad del marfil,  
3<sup>a</sup> y 1<sup>a</sup> Se encuentra en el club.  
3<sup>a</sup> y 5<sup>a</sup> Boda,  
4<sup>a</sup> y 1<sup>a</sup> Rala: cualidad de la tela que  
sirve para colador.  
4<sup>a</sup> y 3<sup>a</sup> Rabo: tienen el mono, zorro, &  
3<sup>a</sup>, 1<sup>a</sup> y 5<sup>a</sup> Bolada:  
1<sup>a</sup>, 2<sup>a</sup>, 3<sup>a</sup>, 4<sup>a</sup> y 5<sup>a</sup> LA ALBORADA.

AMALIA BOLÍVAR.

La primera parte es clara:  
Si el recuerdo no me engaña,  
No he menester mucha maña  
Para decirte que es Lara.

La segunda y la tercera,  
(Y no tercera y segunda)  
Si mi juicio bien se funda,  
Que es albo al punto asevera

En el club y los billares  
Ruedan la tercia y la prima,  
Y hoy ruedan tambien en Lima  
Gruesas bolas á millares.

Con la quinta y la tercera  
Formo la palabra boda,  
Y rala hallar me acomoda,  
En lo de la coladera.

He encontrado al fin y al cabo  
Juntando cuarta y tercera,  
No una cola como quiera,  
Sinó un larguísimo rabo.

He acertado la bolada  
Con el centro y los extremos,  
Y por conclusion tenemos,  
Que es el todo: La Alborada"

MARIA ISABEL SAAVEDRA.

Noviembre 14 de 1874.

Como el autor lo exigió,  
Primera y cuarta junté  
Y el apellido encontré  
De Lara, torero qué  
Feliz á España marchó.

Del marfil la cualidad  
Despues buscar pretendí,  
Tercera y segunda uní  
Y que es albo descubrí  
Con mucha facilidad.

La que en billares se vé  
Y del club en el salon,  
Lo demuestra á mi razon  
De tercia y prima la union,  
Pues la bola allí noté.

Tercia y quinta estan mostrando  
Con su magia y fuerza toda,  
La delicia de una boda  
Del mortal que se acomoda  
Á sufrir su yugo blando.

La tela percedera  
Que en cuarta y prima aparece,  
Ya duda ninguna ofrece:  
Es la rala que merece  
El nombre de coladera.

Rabo, tienen zorra y mono  
Y el perro que anda gruñendo,  
En cuarta y tercera viendo

Lo que el autor escondiendo  
Está en poetico tono.

Centro y extremos juntando  
De la limeña charada.  
Dí una exelente *bolada*  
Y queda asi decifrada,  
La parte que voy citando.

*La Alborada*, es el total;  
Hermosa que se engalana  
En la placida mañana  
Y con esto, aun que no ufana  
Doy la solucion cabal.

CAROLINA S.

Noviembre 14 de 1874.

Primera y Cuarta *Lara*,  
Segunda y Tercera *Albo*,  
Tercera y Primera *Bola*,  
Tercera y Quinta *Boda*,  
Cuarta y Primera *Rala*,  
Cuarta y Tercera *Rabo*,  
Todo *La Alborada*,

E. DE V.

En la primera y la cuarta,  
A un tal *Lara* encontrarás,  
Y en la tercera y segunda  
Por *albo* el marfil tendrás.

Y en la tercera y primera  
Una *bola* habrás de hallar;  
Que en el club y los billares  
Estan rodando de mas.

Unida mi terciá y quinta  
Se presenta una gran *boda*,  
Que alegra tanto á los novíos  
Y aun á la familia toda.

Junta mi cuarta y primera  
Y verás con claridad,  
Una tela que es muy *rala*  
Y de mala calidad.

La cuarta y la terciá dan  
Sin quebrarse la cabeza,  
*Rabo* que un pobre animal  
Lleva con suma destreza

Si el centro y extremos junto  
De esta difícil charada,  
Me dice con claridad  
Que es magnífica *bolada*.

Y aun que brillantes no tenga  
Corona al amanecer,  
Es la *Alborada* del día  
Lo decifro con placer.

M M. de B.

Noviembre 14 de 1874.

*Lara y albo, bola y boda*,  
*Rala y rabo*, con perdon,  
Y ademas una *bolada*,  
Las partes del todo son.

Y la limeña Charada  
Descifrada dejaré,  
Diciendo que es LA ALBORADA  
Firmo, rubrico y doy fé.

ADRIANA BUENDIA.

Chorrillos, Noviembre 15 de 1874.

Primera y cuarta *Lara*,  
Tercera y segunda *albo*,  
Tercera y primera *bola*,  
Tercera y quinta *boda*,  
Cuarta y primera *rala*,  
Cuarta y tercera *rabo*,  
Solucion LA ALBORADA.

JUANA DE D. DELGADO.

Primera y cuarta *Lara*,  
Tercera y segunda *Albo*,  
Tercera y primera *Bola*,  
Tercera y quinta *Boda*,  
Cuarta y primera *Rala*,  
Cuarta y tercera *Rabo*,  
Tercera primera y quinta *Bolada*,  
Total LA ALBORADA.

C. R DE C.

Noviembre 15 de 1874

Creí primera y cuarta una patraña,  
Pero despues, mirando de soslayo,  
Hallé ser *Lara* el que se fué á la España  
Por no encontrarse en la del Dos de Mayo.

Aquella casualidad tan apreciada  
Que espresa del marfil, terciá y segunda,  
Destrozando en mi mente tu Charada  
Vi *Boal*, que es frase de belleza oriunda.

Y esa tercera y prima que la encuentra  
Sin bonete ni gorra de tres puntas  
Todo el que al Club ó los billares entra,  
¿No es esa *Bola* que con Taco apuntas?

Pero andar necesito mas de prisa  
Que el espacio que queda es reducido,  
Y te diré, sencillamente y lisa,  
Que *Boda* en terciá y quinta me ha salido.

Lo que miro en la cuarta y la primera  
Es una tela muy sencilla ó *Rala*  
Y solo dá la cuarta y la tercera  
Un *Rabo* escrito con bastante gala.

Y, al salir al balcon por la mañana,  
La doncella gentil y enamorada,  
Cual diadema de brillantes, engalana,  
Su hermosa y blanca frente, *La Alborada*.

DOLORES MORENO LEDESMA.

A ver si acierto!

Primera *Lara*  
Con *albo, bola*,  
La *boda rala*,  
Tambien un *rabo*  
Y una *bolada*;  
Todo dispuesto  
Con elegancia,  
Resulta el nombre  
De "*La Alborada*"

ZOYLA CALERO.

*Lara*, se llamó un torero  
*Albo*, es el mejor marfil;  
*Bola*, encuentro en los billares;  
*Rabo*, tiene algun mastin  
*Rala*, es la tela que visto;  
*Bolada*, la que yo dí  
Ganando los roceadores  
Que no son grano de anis.

De cuenta de bufonada,  
Creo dejar decifrada  
La charada

R. B. DE C.

*Lara* tuvo una perrita  
De lana un poquito *rala*  
Que en toda *boda* comia  
Y como una *bola* estaba,  
Su *rabo* que era muy *albo*  
Un lazo grana ostentaba;  
Mas murió este animalito  
A causa de una *bolada*  
Y aquí perdon al autor  
Le pido de la Alborada  
Porque una historia perruna  
Hice su bella charada.

DOMITILA,

No pretendo primera ser  
Para alcanzar los honores,  
De esos lindos rociadores  
Que yo jamas he de ver;  
De la última me creo  
Al descifrar la charada,  
Pero si mal yo no creo  
Su total es *La Alborada*.

A. R.

Una niña de *Albo* rostro  
Con traje de tela *rala*  
Yba á asistir á una *boda*  
De un jóven llamado *Lara*  
Y un chiquillo algo travieso  
Con una *bola* pesaba  
Acertó á darle á un descuido  
Una terrible *bolada*  
Y entónces tomando un *rabo*  
Que como plumero usaba  
Principió á darle con el  
Hasta venir la "*Alborada*."

ELOISA Y SOFIA en compañía.

Con un vestido muy *Albo*  
Pero de tela muy *rala*,  
Concurrió *Lara* á la *boda*  
De una Señorita *Rada*  
Y aunque dirá que esa es *bola*  
El autor de la charada  
Con su perdon yo lo aumento  
Al *rabo* y á la *bolada*;  
De ese modo se complica  
Un poco mas *La Alborada*.

ADELAIDA GARCIA PLASENCIA.

## ERRATAS.

En nuestro número anterior, página 34,  
columna 3<sup>a</sup>, poesia "*La pluma*" 1<sup>a</sup> octava:  
Donde dice:

Y cuanto mas la esfuerzo, mas me *abruma*  
Debe leerse:

Y cuanto mas la esfuerzo, mas me *hostiga*.

## VALSE.

En el 9<sup>o</sup> compas de la Introduccion (llave de sol) donde dice: sol-la-do-mi-tóquese-fa sostenido -la-do-mi- En el 12<sup>o</sup> compas donde dice: si-do-suprímase el do-En el Alegro (llave de sol) 2<sup>o</sup> compas, donde dice: do sí-tóquese do-do; y donde dice: si-do-tóquese-sí-sí-En el 7<sup>o</sup> compas (llave de fa), donde dice-la-tóquese-sol-Al concluir el 16<sup>o</sup> compas colóquese las lineas verticales como conclusion de la parte con los puntos de repeticion.

En el 17<sup>o</sup> compas de la 3<sup>a</sup> parte (llave de fa) ,en lugar de-sí-re-tóquese-re-re-En el mismo-sol-si-suprímase el-si.

En el 8<sup>o</sup> compas de la 4<sup>a</sup> parte (llave de sol) en lugar de mi tóquese sol-En lugar de sol-sí-Suprímase la corchea y semi-corchea y colóquese el sí-como semínima.

En el 16<sup>o</sup> compas de dicha parte, colóquense las lineas verticales de conclusion.

Póngase 8.ª alta desde el-la-del 4<sup>o</sup> compas del final hasta el 10<sup>o</sup> inclusive.--(llave de sol) y en el acorde del penúltimo compas llave de sol) se pondrá 8ª alta.